PARA UNA POLITICA DE MUSEOS

Por Guy Pérez Cisneros

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy a las 5.15 ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la vigésimoprimera de las radioconferencias que presenta esta difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

— I —

ARTE HISTORICO E HISTORIA

La palabra *Museo*, entre nosotros, ha ido sufriendo las mismas peripecias que la palabra *Academia*. Se entra en ésta para descansar, para dormitar, para adquirir el derecho de pasar a la posteridad sin más trabajos. Igualmente nuestro Museo es una poderosa trampa, un perfecto sistema contra la podredumbre por el embalsamamiento, un abismo sin fondo que atrapa el objeto y lo hace desaparecer. Sabemos vagamente que está allí, en la calle Aguiar; pero muy difícilmente se nos ocurrirá dar un paseo por esas salas atestadas y empolvadas, en las que el esqueleto del caballo de Máximo Gómez se codea con un Memling.

Acompañamos una vez al pintor americano Mc. Neil que deseaba donar a nuestro Museo un guache de delicioso frescor, titulado «Casa Azul y Casa Rosada en Casablanca». Se cumplió la ceremonia notarial, y nos despedimos del guache, con el corazón oprimido, como si lo hubiéramos dejado en la cámara secreta de alguna pirámide, en donde sólo el azar lograría desenterrarlo.

El conservador, nuestro amigo, el maestro Rodríguez Morey, ha ido replegándose ante la ofensiva de los objetos, y ha sido definitivamente arrinconado en el piso alto, debiendo asumir infinitas precauciones para salir de su cuartico, laboratorio en el que logra perfectas restauraciones de los cuadros bajo su custodia. Pero realmente hace falta un Hércules para limpiar ese establo de Augias, ese rastro histórico y artístico en que se está convirtiendo nuestro Museo Nacional. En nuestro tiempo, Hércules puede ser reemplazado por un pequeño capítulo del presupuesto. Por ahí se ha de empezar.

La segunda tarea que debe acometerse es la separación de lo histórico y de lo artístico, para lograr así quitarle a la institución su aspecto de guardamuebles heteróclito y de polvoriento desván. Entonces se vería—como lo vimos en aquella exposición de la Universidad—que el Museo Nacional no deja de tener sus buenos ejemplares de pintura europea y cubana.

Desde luego lo que se tiene es muy poco comparado con lo que se debería tener. Por ejemplo, en el Museo Nacional no es posible seguir la evolución de nuestro arte nacional. Urge, pues, colmar numerosas lagunas: adquirir unos cuantos Vicente Escobar, la casi totalidad de los grabados coloniales (especialmente el libro de los ingenios de Laplante), y completar la colección de los pintores del XIX. Entonces se hará el Catálogo, pues—parece increíble— el Museo no tiene catálogo impreso. Iluminación y presentación son dos problemas esenciales que están en un estado pavoroso Será necesario resolverlos con mucho cuidado. Y entonces sí, se podrá administrar un Museo Nacional capaz de crecer y desarrollarse según un plan orgánico y racional, y no bajo el signo de la heterogeneidad y del capricho caótico, como se hizo hasta ahora. Las ventajas de esta acción sencilla y rápida, serían las siguientes:

1.—Creación del Museo Histórico Nacional; 2.—Organización de la Galería de Escuelas Europeas que ya tiene varias buenas piezas; 3.—Organización de las Salas de Arte Colonial Cubano que la gran mayoría desconoce o conoce sólo por ferencias literarias, y que, como se comprobó en las pocas exposiciones generales que pudieron llevarse a cabo, encierra tantos motivos de riquísima inspiración para nuestros artistas modernos.

— II —

ARTE MODERNO

Para el arte moderno, el terreno está completamente virgen, pues sólo sobre papel existe la llamada Sala Permanente de Pintura Moderna del Ministerio de Educación. Deben aquí atenderse tres aspectos principales: orientación, arte moderno nacional y arte moderno extranjero.

1.—*Orientación*: No se trata aquí, como en el Museo Nacional, de un problema de conservación y presentación, sino ante todo de un problema de espíritu y selección. Por todo ello, como en los países en que la cuestión de los museos de arte ha sido bien resuelta, es indispensable que el Museo futuro de Arte Moderno, sea completamente independiente del Museo Nacional y se confíe a personas amantes de él y susceptibles de realizar una delicada y difícil política, severamente selectiva y orientadora.

2.—*Arte moderno nacional*. — En Cuba, está actualmente floreciendo una interesantísima escuela de pintura y escultura, y el Estado hasta ahora, no ha hecho nada para que el pueblo se entere y pueda estudiar una de sus más interesantes manifestaciones culturales. Es, pues, imprescindible y urgente la creación del Museo de Arte Moderno que recoja y presente la rica cosecha de pintura que nos están ofreciendo unos quince o veinte pintores, que honraron a nuestro país en todas sus exposiciones en el extranjero como se puede constatar, por ejemplo, a través de la crítica neoyorquina relativa a la acutal exposición de Arte Moderno Cubano en los Estados Unidos.

3.—*Arte moderno extranjero*. —Por otra parte es necesario subrayar el hecho de que los interesantes temperamentos de nuestros actuales pintores se han nutrido muchas veces con el ejemplo del arte extranjero reunido en torno a la llamada «Escuela de París.» En Cuba, ninguna institución pública puede presentar hasta ahora un solo ejemplar de este arte, que es el arte de nuestro siglo, y que ha provocado entre nosotros una total renovación pictórica que, muy lejos de ir contra lo nacional, lo ha liberado y revivido, uniéndose así por el espíritu nuestro arte actual con las mejores manifestaciones artísticas coloniales, y cerrándose así el lamentable paréntesis del academismo.

Es, pues, muy penoso el hecho de que un joven pintor no pueda nunca recrear su vista en algún Cézanne, en algún Matisse, Gauguin o Picasso, autores tan admirados, tan sabios y tan estimulantes que sólo se conocen hasta ahora por reproducciones.

Con muy poco dinero, con la octava, con la vigésima parte de lo que el Museo Nacional ha consagrado a la adquisición de malas copias, se podría montar una maravillosa sala de arte moderno extranjero, compuesta toda de originales.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

Para la selección de estas obras podría considerarse el período que va desde la aparición del impresionismo en Francia hasta Picasso, reservándose algunos lugares al arte americano, especialmente al mexicano. Desde luego aunque fuera a precio de oro, es necesario importar algún Cézanne.

No tenemos espacio ni tiempo para decir más. Lo que se podría añadir entraría por otra parte en un plano de proyectos detallados. Sólo se ha querido aquí dejar sembradas las tres o cuatro semillas que han de reparar, si germinan, nuestras mayores deficiencias en el aspecto artístico, y dar a nuestra cultura el impulso y la alegría que tanto merece, sin duda alguna, en los actuales momentos.

Ahora... caveant consules....

Los verdaderos intelectuales estarán siempre dispuestos a cooperar en toda verdadera obra de cultura: es una cuestión de razón de ser. Pero es también necesario que se les pongan algunos instrumentos indispensables en las manos. Así «cultura y política significarán la misma cosa y serán el signo de una gran época cubana»

Demos fin a estas breves cuartillas que son ínfima parte de la ya considerable respuesta a la mayor pregunta y a la mayor petición que, en Cuba, se le ocurrió a un estadista, el Dr. Carlos Saladrigas y Zayas, formular a los intelectuales, tratados así por primera vez como intelectuales y como personas.

Paz, Mayo 27/44

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA